

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

**LOS
SILENCIOS
DE DIOS**

**LOS
SILENCIOS
DE DIOS**

PRESENTACION

Escribir sobre los silencios de Dios y su Reino Escondido, aparentemente, puede aparecer para algunos como plantearse un problema "espiritual" abstracto que está fuera de la vida actual.

La realidad es muy diferente. No es un tema "piadoso" para quien se preocupa de la "vida espiritual". Se trata de una realidad que tiene profundas implicancias en la vida pastoral y en la acción de la Iglesia.

Existe desacierto en muchos sectores en la vida de la Iglesia y su acción en el mundo. Me parece que una gran parte de las posibles desorientaciones surgen de un enfoque no exacto del pensamiento de Jesucristo.

Si no se logra fundamentar la pastoral en la más profunda intencionalidad de Jesucristo, en un esquema que responda a las intenciones de Jesús fácilmente perdemos la brújula y nuestra pastoral se debilita y desdibuja de sus finalidades más fundamentales.

Estas páginas aunque no toquen directamente la pastoral, plantean un camino de búsqueda y de renovación que es necesario emprender si queremos asumir "la nueva evangelización" a la cual llama Juan Pablo II.

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

1. UN PROBLEMA INQUIETANTE.

Hace años que percibo, con inquietud, un desajuste profundo entre lo que significa el llamado del Señor a seguirlo en forma radical y cómo vivimos realmente esa vocación.

Los primeros apóstoles escogieron a siete diáconos para dedicarse “al servicio de la Palabra y a la oración”. Esa decisión suena extraña en el contexto actual para quienes están dedicados a actividades entre las cuales “el servicio de la Palabra y la oración” no aparecen como las grandes prioridades.

Entre algunos consagrados a Dios no se logra vislumbrar una especial dedicación a cuidar las futuras vocaciones sacerdotales y religiosas. Una parte importante de los pastores no logra presentar algún candidato al Seminario o a una congregación religiosa. Parece que el deseo de prolongarse en el don del sacerdocio recibido ya no estuviera presente en estos hombres a quienes Jesús llamó para que fueran continuadores suyos a través de los siglos.

El Santo Padre ha convocado el próximo Sínodo para abordar el tema de la formación de los sacerdotes.

Que él haya escogido este tema ya significa la existencia de un problema.

Escribo estas líneas como un aporte a esa situación.

Fuí ordenado sacerdote el 23 de Septiembre de 1944 y en estos años he logrado acompañar muchas vidas sacerdotales, como amigo, como director espiritual o, desde 1967, como obispo. He seguido de cerca crisis sacerdotales y he logrado ver superaciones de esas crisis. Y también abandonos del ministerio.

Pero, más doloroso que las crisis sacerdotales, lo ha sido constatar un número importante de sacerdotes "acostumbrados" e instalados en un sacerdocio poco atrayente por falta de irradiación. Pareciera que recibieron un tesoro y lo guardaron para no perderlo y sin darse cuenta se perdieron en una vida sin horizontes que no refleja la maravilla del sacerdocio de Jesucristo.

Porque en estos años algo he logrado entender sobre el misterio del sacerdocio y de las vocaciones, deseo entregar esa experiencia. Son mis reflexiones, y no pretenden ser absolutamente verdaderas; puede haber otras explicaciones. La vida va mostrando nuevas situaciones y la complejidad del corazón humano es de proporciones desconcertantes, sin embargo es posible dar aproximaciones aunque sean necesariamente limitadas. Esta experiencia se aplica también a los religiosos y religiosas que atraviesan situaciones parecidas y que necesitan superar idénticos

problemas adecuados a sus realidades determinadas.

No deseo juzgar intenciones ni condenar sistemas o metodologías de formación. Sólo busco aportar algunos elementos a un problema que siempre será inquietante porque la vida sacerdotal y la vida de los religiosos y religiosas es una de las realidades más delicadas en la vida de la Iglesia.

Cuando recibí el sacerdocio, el Padre Alberto Hurtado me dijo esta frase que nunca he olvidado: "El primer año de sacerdocio vas a vivir en el entusiasmo de las novedades; pero después tendrás que vivir en la fe". Cada año que pasa creo con mayor fuerza en esa apreciación y desde esa mirada de fe trataré de plantear estas reflexiones.

Finalizo esta introducción pensando que este tema se aplica, con las adecuaciones necesarias, a la vida de los matrimonios y a las crisis de amor que se producen en los hogares. Juraron amarse para toda la vida y se casaron porque había amor. Los matrimonios también sufren crisis y desuniones. Gran parte de lo desarrollado en estas páginas ayudará en cierta medida a matrimonios que necesitan encontrar caminos nuevos de renovación y esperanza.

2. LAS DIFICULTADES PARA ENTENDER EL SILENCIO DE DIOS.

Siempre ha habido personas que se declaran ateas y niegan la existencia de Dios. Pero hoy día el problema es la incredulidad práctica de millones de hombres y mujeres que viven de hecho como si Dios no existiera. Es un ateísmo real que suele terminar en adoración a falsos dioses, en una idolatría que no permite descubrir la vida de Dios presente en el mundo. Jesucristo, el Dios de la Vida eterna, no puede ser entendido por quienes adoran al poder o al dinero ya que el Señor presenta un Reino basado en valores evangélicos que no coinciden con los dioses presentados por la sociedad de consumo y de la competencia por la cual estamos invadidos.

Algunos dicen creer en Dios, y así lo piensan, pero se resisten a creer que el mundo actual sea la obra de Dios. Lo ven tan injusto, inhumano y cruel que más les parece obra de Satanás que realidad de Dios.

Nuestra época constata el silencio de Dios porque todo lo que vemos nos grita una ausencia visible de Dios. Basta pensar en las guerras, las acciones de violencia, el Sida, los abusos de las grandes empresas

transnacionales, el hambre en nuestros países subdesarrollados. Un mundo en el que se viven tantos hechos que están lejos de mostrar ese rostro de Dios Padre que Jesús presenta en el Evangelio.

Tal vez las expresiones escritas más fuertes de este silencio de Dios se encuentran en los relatos de los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial:

“El hombre estaba solo y había pasado el tiempo de la infancia en que se podía tender la mano a la madre, a la ley o a Dios. Ciertamente se podía tender la mano, pero se encontraba con el vacío. Nadie recogía esta mano que hasta en la muerte permanecía abierta, tendida y sola . . .” “En realidad era el infierno, ¿dónde estaba Dios?”. La soledad y la falta de amor le hacía perder la percepción de la Providencia de Dios.

Pero hay muchas otras realidades difíciles en nuestro mundo contemporáneo: el joven enfermo de cáncer incurable a los 15 años; el cesante crónico que perdió la esperanza; la mujer abandonada que se prostituye para alimentar a sus hijos; el obrero que no recibe el dinero suficiente para vivir y no tiene casa ni seguridad alguna. Para muchos habitantes de nuestra tierra el mundo les parece un infierno y ¿dónde está Dios?. Al recordar las realidades de pobreza, al pensar en tantos países subdesarrollados y compararlos con los pocos países desarrollados surge la misma pregunta: ¿por qué sucede esto?

Son tantos los que viven sin esperanzas, sin Dios, y tantos mueren abandonados, incluso en los hospitales en medio de los avances de la ciencia y de la técnica.

El silencio de Dios ha pasado a ser una vivencia común y de allí nacen grandes preguntas: ¿qué significa el Evangelio de un Dios Amor en una experiencia traumática como la que viven tantos hermanos nuestros? Cuando Dios está silencioso para muchos o ausente para otros, ¿qué esperanza aporta Jesús y su Buena Nueva?

¿Qué hace un sacerdote destinado a ser puente entre un Dios escondido y los hombres que viven esta realidad? ¿Qué hace un esposo o una esposa cuando descubren que su matrimonio está cerca del naufragio total? ¿Qué hace un consagrado que ya no encuentra sentido a lo que vive por sentir que el mundo le parece extraño y hostil?

¿Vale la pena consagrar la vida a una evangelización que se golpea con sistemas y realidades inhumanas? ¿Qué decirle al pobre que no es escuchado y que sólo debe recibir órdenes, instrucciones o palabras que nada le dicen?

La experiencia de nuestra vida en Jesús nos muestra que estas grandes interrogantes tienen una respuesta, aunque es comprensible que muchos se confundan cuando reciben respuestas que no satisfacen y parecen entregadas para salir del paso.

Creo entender por qué en tantos sacerdotes, en tantos

cristianos estos silencios — o aparentes ausencias — de Dios hayan golpeado sus vidas llevándoles a una inercia, a una mediocridad, a un acostumbamiento.

Es preocupante constatar cómo el silencio de Dios mal entendido mata la vitalidad de un sacerdote que no logra formar personas y se refleja sólo en un quehacer exterior y en obras que buscan resultados brillantes. Seguramente inició su sacerdocio con entusiasmo y buena voluntad; pero cuando se encontró frente a una montaña que creía no poder escalar, se le produjo una crisis de esperanza. Así entró en una actividad desbordante que, en el fondo, es una huída no confesada. En estas situaciones Dios se muestra tan lejano y silencioso que parece no estar o no existir. Y surgen las clásicas afirmaciones: “la juventud no responde”, “no se entiende lo que me sucede”, “estoy cansado y no me encuentro en este trabajo”, “el sacerdocio no es para mí y me equivoqué de camino”, etc. . .

Estas afirmaciones se suelen traducir en reacciones de desaliento, en compensaciones, en la búsqueda de quien comprenda su soledad. El corazón no puede estar vacío de amor y se buscará otro amor más visible para reemplazar a quien no da señales de presencia. Y esta realidad también sucede, con idénticas características, en las religiosas y en todos los consagrados a Dios.

Es el momento en que, inconcientemente, el pastor

deja de serlo y se transforma en funcionario que sigue trabajando, pero ya no orienta ni forma personas. Un funcionario no podrá acompañar a las personas en la búsqueda interior de Dios y sólo podrá presentar una muralla defensiva o una indiferencia tanto o más dañina.

En este contexto se aprecia mejor este pensamiento popular:

El cura que no procura llevar los hombres al cielo, que deje de ser pastor y que se transforme en arriero.

3. "TENGO EN TU CONTRA QUE HAS PERDIDO EL PRIMER AMOR"

(Apoc. 2, 4)

Cuando el silencio de Dios no se entiende y se entra en la monotonía y el desaliento suele ocurrir lo que sucedió a la comunidad cristiana de Efeso. El Angel de la iglesia de ese lugar escribe: "tengo en tu contra que has perdido tu primer amor". Así se cumplió la profecía de Jesús que narra San Mateo "al crecer la maldad se enfriará el amor de muchos" (Mt. 24, 11).

En toda la vida humana, en el matrimonio, en el sacerdocio, en la relación de padres e hijos, siempre hay una realidad fundamental que determina las relaciones humanas y la relación con Dios: es el amor, su calidad, su orientación y su fuerza.

El matrimonio y la vida familiar se construyen en el amor; un hombre o una mujer se consagran a Dios por razones de amor. Sin amor, las relaciones humanas se vuelven comerciales, utilitarias; es decir relaciones inhumanas. Cuando no hay amor se vive en el cálculo, en la estrategia, en la conveniencia.

Siempre nos ayudará meditar el himno de la caridad (I Corintios, capítulo 13) donde San Pablo nos recuerda que, sin amor, la vida no tiene sentido. Aún

cuando vivamos con fe, con sabiduría, con inteligencia, una sola cosa es necesaria: el amor. Si lo cuidamos ciertamente descubriremos que es un tesoro que se acrecienta a medida que se comparte y que todo lo demás se nos dará por añadidura. El amor es el camino para construir la vida humana, valorizar las personas y ayudarlas a crecer.

Cuando falta el amor, es como una puerta a la que se le han echado a perder las bisagras. Abrir esa puerta resultará muy difícil; si se deja cerrada, nadie puede entrar; si se deja abierta se perderá la intimidad, entrará el desamor que es causa de las guerras y enemistades. La falta de amor genera ambiciones de poder, utilización de las personas y todas las expresiones del egoísmo con sus terribles consecuencias. El desamor destruye las personas y mata las relaciones humanas.

Un sacerdocio vivido sin entrega radical o un matrimonio sin amor estarán siempre destinados al fracaso. El egoísta sólo sabe amarse a sí mismo y vive sin alegría y sin paz porque no sabe amar. Y son millones los que nunca han logrado amar de verdad.

El cielo es la plenitud del amor, el infierno es la incapacidad de amar. Y si parece que algunas personas han hecho de su paso por la tierra un infierno, es porque no saben amar.

Existe la posibilidad de perder el amor y esa es la queja del Apocalipsis a los hombres de ese tiempo.

Habían perdido “el primer amor”. Lo habían dejado enfriarse. La Biblia nos dice que “Dios conocía sus trabajos y como sufrían pacientemente”. “No les faltaba la constancia y padecían por el Señor sin desanimarse”, pero habían perdido la fuerza del amor. Juan Pablo II dijo en Chile: “¡No hay peor desgracia que el enfriamiento del amor!”.

No sabemos qué sucedió en esa comunidad cristiana de la que habla el Apocalipsis. Pero sí sabemos lo más importante: Dios los llama a la conversión, al regreso al primer amor. O sea, nos muestra que es posible recuperar el amor que se fue y reconstruirlo en la fe y con la gracia de Dios. “Acuérdate donde haz caído y arrepíentete volviendo a hacer lo que antes sabías hacer” (Apocalipsis 2, 5).

Es necesario buscar las causas por las cuales se pierde el primer amor ya que la complejidad de la vida nos va indicando que siempre hay razones múltiples en los acontecimientos humanos y estas razones suelen estar entrelazadas. Con frecuencia estas crisis nacen por no sentirse valorado y apreciado por los otros. No basta ser estimado por lo que uno hace ya que se necesita ser querido por lo que uno es.

Al no recibir apoyo efectivo real, al no encontrar una pastoral coordinada con líneas orientadoras claras, fácilmente se produce un remezón interior que afecta al primer amor.

La otra gran explicación a las crisis del amor primero

radica en la sensación de lo impermeable que es el mundo que nos rodea a las vivencias de la fe. El sacerdote anuncia a Jesucristo y se encuentra, frecuentemente, con un mundo que no recibe el Mensaje porque se ha colocado una capa protectora que impide recibir la fe. Esa realidad duele y trae desalientos y tristezas que debilitan el amor.

La esperanza es una realidad de Dios y siempre es posible recuperar el primer amor. Un sacerdocio o una vida religiosa rutinaria, un matrimonio resquebrajado, pueden renacer, recuperar la fuerza, la alegría, el entusiasmo del primer tiempo. Esta no es una afirmación superficial. Soy testigo de verdaderas resurrecciones en el amor. He visto cómo desde las cenizas brota un nuevo calor y una vida nueva. Quienes las han vivido saben que las maravillas interiores de Dios son mucho más importantes que los milagros de orden físico. El Señor hace maravillas y puede revitalizar un amor debilitado y mostrar nuevos caminos de alegría y de paz. "Quién perdura hasta el final se salvará" (Mt. 24, 11).

Siempre será necesario cultivar actitudes interiores para cuidar el primer amor. El corazón necesita construir la vida con alegría y optimismo. Qué necesario es mirar lo que sucede con un corazón predispuesto a lo positivo y descubrir la bondad y la belleza en los acontecimientos y en las personas. Es fundamental escuchar las palabras y los

acontecimientos. Se requiere escuchar la palabra de la Iglesia que siempre abre caminos para quien desea escuchar. Escuchar significa mucho más que oír.

Habrà que reconocer nuestras debilidades y nuestros aspectos más frágiles para saberlos asumir y darles un apoyo especial. Nuestras historias personales bien asumidas son caminos de crecimiento en el amor y se necesita abordar esa verdad con realismo y fe.

No parece inútil recordar que "perder el primer amor" no significa lo mismo que no "sentir el amor". La sensibilidad puede estar o no estar acompañando al amor.

4. DOS AFIRMACIONES FUNDAMENTALES.

Aportaré dos observaciones para ayudar a obtener una respuesta a estas realidades y conflictos que afectan radicalmente a muchos consagrados y laicos.

- a. "El mensaje de Jesús se dirige en primer lugar a quienes viven en situaciones de abandono y de lejanía".

Para que esta afirmación sea real el mensaje de Jesús debe ser presentado en lo que tiene de nuevo, no sólo como una ley perfecta sino como la revelación mayor de Dios al corazón de todo lo que grita su ausencia.

El Reino de Dios es un don y una gracia. Jesús anuncia una nueva proximidad de Dios a los hombres y lo hace a partir de su relación singular con su Padre. El vive en plenitud el Reino porque Dios no es un solitario sino esencialmente comunicación solidaria.

Jesús es el mensajero de esta nueva proximidad de Dios y El ha venido "no por los justos sino por los pecadores". Toda la vida de Jesús es un movimiento de Dios hacia ese mundo aparentemente perdido que

vive bajo el signo del silencio de Dios. El viene "por los enfermos y no por los sanos". Privilegia a los pobres sobre los ricos, apoya a los humildes y rechaza a los orgullosos.

La muerte de Jesús da claro testimonio de sus palabras. Porque El fue integralmente fiel a su misión, es rechazado por el pueblo, es maldito, comparado con los pecadores y abandonado por todos.

"Clavado en cruz y escarnecido", El se asemeja a esta multitud de hombres y mujeres que perdieron la esperanza y la alegría de vivir. El experimenta el silencio de Dios y sufre la tristeza infinita de ser hombre, frágil y vulnerable.

En la agonía de la cruz, la relación íntima de Jesús con su Padre se muestra como un gran vacío, una gran ausencia. Y es allí, precisamente allí, en esas condiciones adversas, donde Jesús hace presente a Dios en el corazón del silencio.

Por su propio abandono, por su pobreza, Jesús se ha hecho hermano de los más abandonados, de los más pobres para entregarles a Dios, su Padre, como un padre. Por eso podrá decir al buen ladrón: "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

Esta es "la originalidad del mensaje evangélico que hace de la peor condición humana un lugar privilegiado de encuentro entre Dios y el hombre".

Aquí tienen su respuesta los que caminan "como ovejas sin pastor". El se ha hundido en un silencio de Dios que termina siendo el lenguaje de lo inesperado, de lo inaudito.

¡Qué necesario es saber escuchar el silencio que germina y crece al final de la noche!. (cf. "El Reino Escondido", Eloy Leclerc).

No es fácil entender este camino de Jesús; es también difícil explicarlo, pero sólo así podremos entender y encontrar respuestas que nos alienten y nos fortalezcan. Sé que esto exige una lectura diferente de la Palabra de Dios y entender el Evangelio como un Reino escondido que sólo lo podrán acoger los humildes y los pobres de corazón, pero allí está la respuesta final.

Me parece que nos ayudará a entender este pensamiento si reflexionamos en lo que sucede a padres y madres de familia que han tenido un hijo mongólico o con graves deficiencias mentales. Han pasado por la angustia, la rebeldía y la desorientación para llegar finalmente a un amor especial por ese hijo y muchas veces también llegan por un doloroso itinerario a un encuentro vital con Dios y la vida cristiana.

El misterio de la Cruz en Jesucristo y en todos los seres humanos es una realidad muy fuerte y universal. Por la cruz se llega a la salvación y por este camino se encuentra a Dios que está escondido y puede dar

respuestas a las interrogantes más duras de la vida humana.

Sin la cruz no hay salvación y es la cruz la que une a la humanidad. No tiene otro sentido que la redención y, asumida, purifica y conduce a la paz.

Si no entramos en sintonía con esta realidad integral de la cruz viviremos en un estado de amargura y resentimiento que va matando el amor. No se trata de la resignación de quien soporta pasivamente lo que sucede. Es asumir la cruz y darle un sentido de redención al sufrimiento que llega casi siempre en forma inesperada y desconcertante.

b. - Las ausencias de Dios no existen. El siempre está presente.

Aún en los momentos más difíciles, de mayor tristeza o de una gran desolación, Dios siempre está presente y cercano. Jesús dice que El está con nosotros "hasta el final de los tiempos". El está siempre aunque nosotros hablemos de ausencia. El lenguaje de los salmos pareciera a veces apoyar estas impresiones y estas afirmaciones. La Biblia al referirse a las angustias del hombre nos dice: "mi compañía son las tinieblas", "se me nublan los ojos de tanto aguardar a mi Dios", "estoy agotado de gritar y de tanto aguardar al Señor"

(Salmo 68), pero Dios está con nosotros, y en el salmo 139 está escrito: “¡La noche se hizo luz a mi alrededor!”.

Dios está siempre presente, siempre nos habla, aún con su silencio. Comprender esta verdad tiene una importancia tal que afecta a toda nuestra relación con Dios.

Intentaré decirlo más claramente: somos templos de Dios. Sabemos que estamos habitados por El, por su Gracia, y que en nuestros cuerpos vive el Espíritu Santo. Pero con frecuencia olvidamos que el mejor camino que tiene Dios para crecer en nosotros, para vivir más plenamente en nosotros, es el silencio. Dios se calla y creemos que El está ausente. Dios se queda en silencio y pensamos que lo hemos perdido. No podemos perderlo y El no puede alejarse de nosotros y la gran posibilidad de Dios para hacernos crecer es entrar en su silencio que lleva perspectivas nuevas y transforma nuestra vida de fe.

Es el camino de las purificaciones; es la pérdida de la sensibilidad religiosa en que Dios nos parece tan lejano y tan distante como si no existiera y no se preocupara de nosotros.

En la juventud la sensibilidad es fuerte y los sentimientos religiosos nos invaden. Hay agrado por la oración y comulgar nos hace sentirnos bien. El tiempo cambia esa realidad y la fe se va quedando

desnuda del ropaje de sentimientos. Esta es la historia de todos los creyentes. El Padre Charles de Foucauld escribe pocos días antes de morir: “Si al menos sintiera que Jesús me quiere, pero El nunca me lo ha dicho. Estoy tan frío que no me atrevo a decirle a Dios que lo amo, pero yo quisiera amarlo”. Según la leyenda, San Vicente de Paul puso bajo su camisa un papel que decía: “Creo en Dios”. Pasaba un período de oscuridad y no sentía nada en la fe y por esa razón, de cuando en cuando, tocaba su pecho en donde estaba el trozo de papel para recordar que creía en la existencia de Dios y tenía fe.

Este silencio de Dios, llega tarde o temprano a todos nosotros y sólo El conoce el misterio de nuestra vida de fe que atraviesa desiertos y claridades, días oscuros y días de sol. Es allí donde se juega la vida, allí está la purificación de los sentidos, allí muchos corazones sacerdotales y de consagrados se debilitan y entran en la paralización, en el miedo, y dejan de ser fuentes de vida que pueden orientar a quienes Dios les encomendó.

La duda penetra en nuestras vidas y nos cuesta aceptar que nuestra mayor equivocación es no acoger al Dios que habla y está presente. Su Palabra nos habla permanentemente a través de las personas y los acontecimientos. El habla a través de la voz de la Iglesia que siempre va abriendo caminos a quien desea buscar y entender.

Si no entramos en una lectura seria de la Palabra de Dios, si no aceptamos traspasar las purificaciones del corazón, nuestra vida interior quedará estancada y viviremos en una mediocridad de la fe y en un amor enmohecido.

“El primer amor” puede renacer, la esperanza puede atravesar las sequedades del desierto, pero se requiere una decisión de asumir lo que sucede en lo más profundo de nuestro corazón. De otro modo, aunque aparentemente no pase nada, se producirá una autodestrucción y las personas se irán demorando por dentro en un empobrecimiento peligroso y dañino.

5. SUGERENCIAS.

He planteado dos problemas de fondo: la pérdida del primer amor y el no entender los silencios de Dios. Presentaré sugerencias y criterios para abordar estas realidades.

a. Cómo recuperar el “primer amor”.

Perder “el primer amor”, en proporción muy importante, es el resultado de la infidelidad al Señor y es consecuencia del pecado que, como dice Dios a Caín, “se recuesta en la puerta” y en lugar de “dominarlo”, como pide el Señor, se introduce en nuestros corazones y logra invadirnos. Es una realidad que todos conocemos y que tiene aplicaciones en todos los diversos estados de vida.

El pecado tiene muchas proyecciones y consecuencias, pero en estas reflexiones sólo haré resaltar el pecado como división.

La división comienza dentro de nosotros mismos. Vivir es un largo camino de integración personal, en

el que nos vamos haciendo capaces de amar al Señor, y con El y por El, a los hermanos. No entendemos fácilmente que no hay dos amores sino uno solo, que se relaciona con el Ser Unico que ama profundamente a cada uno de nosotros. Toda separación entre amor de Dios y amor del prójimo, toda parcelación de la vida, en que un aspecto toma el lugar preponderante en desmedro de los otros, proviene de nuestra falta de integración personal.

La pérdida del primer amor puede ser sanada por una intervención directa del Señor o por alguna persona o acontecimiento que viene de Dios. La gracia de Dios actúa generalmente por algún sufrimiento o por algún llamado explícito de quien nos transmite el llamado divino.

Cuando sentimos la vida como un fardo, es generalmente un momento especial de gracia, de llamado preferente del Señor, ya que nos sentimos débiles y vulnerables. Son los momentos en que somos capaces de acoger la Palabra casi imperceptible por su respeto a nuestra libertad interior. En ese dolor se resquebraja el muro de la falsa seguridad en el cual nos parapetamos y podemos acceder en sencillez donde Dios se revela: "Yo te bendigo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra... porque has mantenido ocultas estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a la gente sencilla ... vengan a Mi los que se sienten cargados y agobiados porque yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de Mi

que soy paciente de corazón y hallarán descanso" (Mateo 11, 25-30).

Caminar hacia Jesús con nuestro fardo debe darse inicialmente dentro de nosotros mismos. Mientras evitemos mirar de frente el propio corazón que se nos presenta como una realidad amenazante, no encontraremos el tesoro escondido en el campo. Nos defendemos por el activismo, la relación superficial o el cumplimiento que, como al fariseo, nos permita decirle al Señor que "somos buenos". Otro escollo, aparentemente opuesto al anterior, es mirar hacia dentro, a la tierra resquebrajada y estéril de nuestro propio corazón y permanecer en una interminable introspección que no es dinámica ni integradora. Bebiendo la amargura de lo que sentimos ser, no tenemos tiempo para los demás: nos damos vuelta en nuestra propia piel, sin aceptarnos realmente y sin querer escuchar la voz del Señor que nos llama al descanso en esa misma realidad dolorosa.

Si entramos pobremente en nuestro corazón herido, sin acallarlo, y tenemos el valor de mirar la vida desde dentro, el Señor se revelará como El quiera, pero sólo será en la aceptación de nuestra debilidad, hasta que ésta pueda convertirse en gozo, como en el canto de María: "mi espíritu se alegra en el Dios que me salva, porque quiso mirar la condición de su sierva... sacó a los poderosos de sus tronos y puso en su lugar a los humildes" (Lucas 1, 46 y ss.)

El primer amor que se ha resentido, renace desde la aceptación, con paz, de nuestra pobreza y falta de amor. No hay que esperar tener "algo bueno" que ofrecer al Señor: El quiere lo nuestro que es debilidad y pecado, ya que todo lo bueno que tenemos es regalo de su amor en nosotros.

Al ir conociéndonos y aceptándonos a nosotros mismos, nuestra relación total se va transformando poco a poco: podemos conocer y aceptar a los demás con sus riquezas y limitaciones. Podemos dar tiempo al Señor, dueño de la vida, en lugar de mantenerlo "a raya", como hacemos a menudo, para que no entre en nuestra vida. Y nos damos espacio a nosotros mismos para que rebrote el germen del amor primero, que el Señor nunca dejará morir del todo.

Esta paz no suprime el dolor ni la dificultad. No siempre tendremos de otros la respuesta que esperamos. Hay tantos que no han hecho aún este recorrido y la paciencia que nos aporta la revelación del Señor, será sabiduría y amor creciente para esperar el momento del otro. El Señor quiere ser, también a través de nuestra vida, un llamado para que muchos revivan el amor primero y puedan descubrir al Señor que salva y libera.

Cada día tendremos que volver a entrar en nuestro interior y capacitarnos para ver al Señor, con los ojos del corazón, actuando en el mundo, en los hermanos, en los acontecimientos y aún en lo que

aparece como adverso y enemigo. Sólo desde adentro se vive una vida realmente entregada a los otros que no sea evasión, activismo o manipulación de personas. Nuestro quehacer, mezclado de valores y de fragilidades, dejará pasar al mundo la corriente del amor liberador.

Es necesario que entremos en nosotros mismos, cada vez más adentro, conociéndonos y aceptándonos en la fe del amor del Señor que nos llamó a la vida por nuestro nombre. Limitados y pecadores, pero poseedores de un amor eterno y personal. "Con gusto me gloriaré en mis debilidades, humillaciones, persecuciones y angustias por Cristo. Cuando me siento débil, entonces soy fuerte" (2 Cor. 12, 9-10).

A veces, después de la alegría de haber superado alguna etapa difícil, descubrimos nuevas profundidades que necesitan ser redimidas y liberadas por la acción del Señor. Por esta razón conviene no estar solos en este viaje hacia adentro. Humildemente hay que reconocer que necesitamos de los demás. Normalmente habrá alguien que pueda fraternalmente acompañarnos, aún sin elementos de ayuda especializada. La oración, el cariño, la paciencia para nuestros malos momentos nos permiten seguir adelante, y cuando sea posible, alguna persona con mayor recorrido que nosotros nos podrá ayudar.

Algunos santos han hecho su camino en una gran

soledad; pero nunca sin el Señor. Entrar sin El al interior de nosotros mismos puede ser desanimador y destructor. Es verdad que muchas veces El está callado y no se deja sentir, pero no resiste a la oración que lo llama. Esta puede empezar siendo un grito, como algunos salmos que podrían parecernos hasta excesivos en momentos de tranquilidad espiritual, pero que en momentos de crisis pueden expresarnos cabalmente. Puede ser un largo caminar en sequedad que nos enseña que "es bueno esperar en silencio la salvación de Yahvé". Pero no nos fallará su paz. Habrá momentos de alegría indecible de saber que El está: "Y la Paz de Dios, que es mucho mayor de lo que se puede imaginar, les guardará su corazón y sus pensamientos en Cristo Jesús" (Fil. 4, 7). Todo prepara nuestro corazón para el gran dolor, que es don, de aceptar su silencio, para que en nuestro silencio escuchemos Su Palabra.

El mejor modo de no perder o ir recobrando el amor primero, es vivirlo "al día". Según sea la experiencia que hemos vivido nos detenemos en el pasado o nos proyectamos al futuro. A veces volvemos el corazón a situaciones supuestamente ideales y en la añoranza ignoramos el amor presente que nos llama hoy. En otros momentos, frustrados y dolidos, nos evadimos soñando un futuro ficticio para no afrontar lo que somos y nos sucede. De uno u otro modo evitamos entrar dentro de nosotros mismos. Ese modo de

idealizar el pasado no tiene nada que ver con la esperanza cristiana que actúa siempre con perspectivas de porvenir. Las dos tentaciones son vivir en la irrealidad o dejar esperando al Señor que aguarda nuestra respuesta de amor y acogida.

Es un amor que hay que vivir cada día: "no les enseñe un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tienen desde el comienzo. Este mandamiento antiguo es la Palabra que han oído. Con todo, se los doy como mandamiento nuevo porque fue realmente novedad en Jesucristo y tiene que serlo realmente en ustedes" (Juan 2, 7-8). Se trata del criterio supremo de la vida cristiana: la fraternidad. Sabemos que será el último examen del Señor sobre nuestra vida, pero necesitamos una vida de aprendizaje para comprenderlo. Dentro de esta fraternidad que no descansa hasta llamarnos al amor universal, hay dos prioridades o puntos claves de su autenticidad: el prójimo "más próximo" y los pobres. En la familia o en la comunidad que nos rodea, el realismo puede ser más exigente, a la vez que el hacer camino juntos puede y debe ser presencia viva y testimonio de la acción del Señor Jesús. La preferencia por los pobres, los que sufren, los pequeños, recorre la Biblia. Un amor que no está marcado — del modo concreto que sea — por el respeto, la búsqueda, el servicio de los excluidos de este mundo, no es un amor cristiano. Dios se ha revelado como Dios de los pobres, y sus gritos

conmueven sus entrañas.

La fraternidad, vivida día a día, nos dará criterios de acción y de opciones. Viviremos sin cumplimientos rígidos, en la humildad de reconocer nuestros errores, capaces de recomenzar cada día. Viviendo así, según el Espíritu, iremos entrando en la libertad de los hijos de Dios.

La Biblia es una ayuda privilegiada que nos va, poco a poco, traspasando con su Palabra. En esa historia de amor y dolor de Dios con cada persona y con todos como Pueblo, nos encontramos haciendo el recorrido hacia el centro de nosotros mismos para construir la fraternidad de los hijos de Dios. Palabra que es Presencia, más allá del silencio que tantas veces percibimos. Llegará el momento en que El llamará a nuestra puerta y entrará a cenar, El con nosotros y nosotros con El (cf. Apoc. 21, 3), anunciando la celebración final de todos los hermanos sentados en la mesa de Dios.

b. Nuestro silencio y el Silencio de Dios.

“No tiene Dios Padre sino una sola Palabra, su Verbo pronunciado en un eterno silencio” (San Juan de la Cruz). La voz de Dios no es alguna voz de la naturaleza o una reunión de todas las voces de la naturaleza, la voz de Dios es la voz del silencio.

“Las palabras de Jesús son de una gran profundidad porque vienen de un silencio infinito, silencio de Dios en el fondo del Corazón de Jesús, silencio finito de un corazón contemplativo que mira y escucha el silencio infinito de Dios”.

El amor ha transformado el silencio de Dios en Palabra que “se ha hecho carne para habitar entre nosotros”. La Palabra de Dios es silencio que se ha dado a nosotros en la Persona de Jesús. Quien sabe acoger esta Palabra, que siempre está presente, podrá dar pasos fundamentales en el crecimiento y desarrollo de su interioridad.

El verdadero silencio interior se ha definido como “el estado de presencia de Dios y de calma de las pasiones en la libertad de todo apego desordenado a uno mismo y a todo lo que aparta de Dios”.

Se requiere establecer el silencio en nuestra vida porque sólo así se vive en la Presencia de Dios. Ese silencio interior crece en el corazón humano en la medida que haya mayor presencia de Dios. San Juan de la Cruz escribe que “es imposible que una persona progrese si no actúa y sufre en silencio”.

Es hermoso el texto de un monje contemplativo: “Nuestro silencio no es el vacío de la muerte, por el contrario nos acerca a la vida plena de Dios. Nos callamos porque las palabras de las cuales debemos vivir, no se expresan en palabras de la tierra”. Estamos interiormente estructurados para el silencio

y no para el ruido. No estamos programados para el exterior porque toda la vida es preparación para el cielo y para el encuentro con la silenciosa Palabra de Dios .

Según sea la profundidad del silencio que haya en nosotros, así será la profundidad de nuestras palabras. Desde el silencio nacen las grandes iniciativas y proyectos que transforman la sociedad y el mundo. Sólo así será posible escuchar la voz de Dios que habla "en la brisa de la tarde y no en el trueno de la tempestad" (1 Reyes 19, 11). Sólo así se explica el mandato bíblico de escuchar al Señor y amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas.

Se necesita darle lugar al silencio en nuestras vidas saturadas de ruido y movimiento. Qué necesario es poder escuchar a Dios y al llamado permanente de quienes nos rodean y que desean ser escuchados.

Al valorar el silencio es posible escuchar el clamor de los pobres y las voces de los que no tienen voz. Así aprendemos a mirar y conviene recordar que "sólo se ve bien con el corazón" (El Principito al Zorro). Es peligroso quedarse en las apariencias de lo presentable o de lo no presentable; porque eso no significa mirar de verdad. Un sacerdote debe amar a su pueblo, a quienes Dios le ha confiado, y sólo por amor podrá acompañar y ser un verdadero pastor. Tal vez muchas limitaciones de nuestra

vida pastoral se derivan de la falta de amor que impide acompañar a quienes Dios ha enviado para nuestro cuidado. El seguimiento pastoral, la dirección espiritual, responden a un amor real por las personas que lleva a interesarse y comprometerse con ellas. Esa es la escuela de Jesús.

El sabía ver y mirar, tenía respuestas y había en El un misterioso silencio. El "conocía el corazón humano". Igual verdad se puede constatar en María que vive en un camino y un estado de silencio. Ella va de un silencio en otro y en Ella el silencio forma parte integral de su vida. Al pie de la Cruz Ella calla para entender.

El silencio respetuoso suele ser mejor respuesta que muchas palabras y argumentos. Es fundamental aprender a ver y entender respetuosamente a quien sufre o atraviesa etapas difíciles.

Para poder entrar en estas actitudes se requiere oración contemplativa y adoración. Es el Espíritu Santo quien lleva por los caminos interiores de verdad y amor. Todo esto requiere tiempos, etapas de maduración y crecimiento.

El día en que se llega a amar el silencio se habrá dado un paso de crecimiento de gran valor porque el amor al silencio lleva al silencio de amor.

En esta perspectiva, y teniendo presente que nunca hay ausencias de Dios porque El siempre está en nosotros y con nosotros, las dificultades del

misterioso silencio de Dios se transforman en apoyos que hacen crecer y madurar en la fe.

Se requiere tiempo, paz, oración y lentamente se entenderá la voz de Dios a través del silencio y las perspectivas serán muy diferentes a las de quien identificó silencio con ausencia. Será una bendición del Señor aprender a valorar Sus silencios y descubrir su mensaje y su significado.

Las diversas etapas de la vida llevan a vivir momentos difíciles. Es la evolución normal del amor y no darse cuenta de los diversos conflictos que nos suceden indica superficialidad y es señal que nos estamos buscando a nosotros mismos en un egoísmo que puede ser sutil porque suele revestirse con máscaras de amor.

Si vivimos centrados en la nostalgia del pasado, y no sabemos mirar hacia adelante, estaremos pecando contra la luz y no podremos crecer. Hermoso es el pensamiento del Cardenal Newman antes de morir: "Nunca he pecado contra la luz". Este hombre de Iglesia recorrió un camino apasionante y fue uno de los grandes hombres de la Iglesia de Inglaterra. Fue buscador de Dios y nunca se quedó atascado en las dificultades. Sabía buscar y escuchar las voces del Espíritu Santo.

c. Profundizar el amor al Reino de Dios Escondido.

En la revelación de Dios al hombre siempre habrá un misterio de amor que ninguna palabra humana podrá interpretar en forma total. Es en el silencio de Dios en donde es posible escuchar la Revelación. Nunca ha brillado tanto más el amor de Dios como en la noche oscura de la Cruz en donde el silencio de Dios se comunica hasta a la naturaleza en un eclipse de sol, en el cual, dice la Biblia, "las tinieblas invaden la tierra".

Los pobres, según el Evangelio, son los que han perdido las ilusiones de poder y tienen un corazón purificado. "Dios, mi corazón ha perdido todos sus orgullos... ya no sueño con grandezas que me sobrepasan. Mi alma está tranquila como el niño que se duerme en los brazos de su madre" (Salmo 131).

Quienes han entendido el Reino de Dios que presenta Jesús esperan la llegada de este Reino no como algo glorioso, triunfalista y estridente. Saben que el Reino vendrá en paz, sin ruidos ni publicidad. Sólo los humildes podrán recibirlo en plenitud.

"Los pecadores acudían a Jesús para escucharle y los fariseos y escribas murmuraban y criticaban" (Lc. 15, 1-2). El Evangelio muestra permanentemente a Jesús en un estilo humilde, silencioso. Los grandes acontecimientos de su vida, el nacimiento en Belén el bautismo en el río Jordán, la Transfiguración, el anuncio de la Eucaristía, la Pasión de la cruz y la

Resurrección presentan al Salvador en una forma que no responde a nuestro esquema humano. Para quienes estamos invadidos por un mundo de propaganda y de hechos llamativos, la estructura interior del Reino de Dios es de un estilo desconcertante.

A quienes están alegres y tranquilos Jesús les dice: "Dentro de poco no me vereis". A los que están tristes y angustiados les dice: "dentro de poco me volveréis a ver" (Juan 16, 16). Las alegrías y las tristezas aparecen entremezcladas en un contexto de sobriedad, en una riqueza interior que sólo la descubren los de corazón limpio. María es el gran ejemplo de quien entiende el Reino Escondido y Ella al pie de la cruz "guardaba en su corazón" las maravillas de Dios.

Buscamos algo de Dios, pero no lo esperamos a El. El centurión del Evangelio le dice a Jesús "no soy digno que vengas a mi casa". Quería el milagro, pero temía la visita del Señor (Mateo 8, 5-6). El joven rico pregunta qué debe hacer para salvarse, pero por miedo y apego a sus riquezas, se aleja de Jesús (Mateo 19, 16).

El Evangelio nos enseña que el Reino de Dios equivale al "tesoro escondido en el campo"; pero tenemos miedo de encontrarlo, se nos hace difícil entender que Dios está en el silencio, en las cosas pequeñas, en los humildes.

Vivimos en el régimen de la misericordia y sólo allí podemos vislumbrar cómo entraremos al Reino de Dios. "Yo soy la Puerta", dice Jesús y lo escondido del Reino y del Dios oculto y misterioso sólo lo entendemos cuando sentimos la necesidad de golpear una puerta para entrar al interior. Qué peligroso es creerse en el interior del Reino de Dios sin llegar jamás a la profundidad real en donde se descubre la verdad.

En cierta forma somos como extranjeros en el Reino de Dios y se nos pide ir avanzando por los caminos interiores sin actitudes posesivas prepotentes.

Se requieren manos abiertas y un corazón disponible, con pobreza interior.

"El Reino de Dios está dentro de nosotros", dice el Evangelio y si no encontramos a Dios en nuestro interior, en nuestro yo más profundo, las posibilidades reales de encontrar a Dios son muy escasas y muy débiles.

"Encuentra la puerta del corazón y descubrirás cual es la puerta del Reino de Dios", escribe San Juan Crisóstomo.

Dios está en la raíz de nosotros mismos y El quiere que vivamos en un estilo de interioridad para lograr atravesar la puerta y así ingresar a su Reino. Si no asimilamos este estilo con verdad, es posible que vivamos inundados por ritos cristianos, sin haber iniciado siquiera el camino hacia el Reino.

Cómo quisiera poder explicar que el Reino de Dios y a todo el mundo invisible de la fe, sólo se puede acceder por un camino de apertura interior, de amor, y que la vida cristiana pasa por el silencio y por el mundo de las realidades invisibles.

Para muchos, el Reino escondido, la vida oculta de Jesús, el tesoro oculto en el campo, pueden aparecer como temas ajenos a su vida; pero ese es el camino que libera y madura nuestro proceso interior.

El mejor ejemplo de este Reino Escondido se encuentra en la Eucaristía. Jesús se queda oculto y silencioso en un pedazo de pan y permanece en nuestros tabernáculos muchas veces olvidado y no suficientemente cuidado.

En la Eucaristía siempre estará el mejor indicador de nuestra comprensión de los caminos y del estilo que Jesús propone a sus seguidores.

El misterio de la Santa Misa, la presencia real en la Hostia consagrada, constituyen el recuerdo permanente de esta realidad.

Con frecuencia vivimos obsesionados por el éxito, idolatramos los números y olvidamos que los valores de gratuidad, pobreza, humildad constituyen la mejor base para una mentalidad cristiana.

Gran parte de los desajustes y fracasos explicitados en el comienzo de estas reflexiones provienen de una vocación concebida sin amor a Jesucristo y su

Evangelio. La vida sin alegría se explica, en proporción importante, por la incapacidad interior de asumir los criterios evangélicos, especialmente las Bienaventuranzas.

A la inversa, cuando se logra percibir y entender el Evangelio en estas dimensiones, será posible aprender a amar de verdad. Amar de verdad significa perder la vida olvidándose de sí mismo en una donación sin medida. Va contra los esquemas de eficacia que predominan en las personas que viven para el éxito exterior. Este amor que muere por los amigos es "el" mandamiento de Jesús.

Amar hasta morir por los amigos significa amar los caminos humildes y saber desaparecer para que Cristo crezca y pueda iluminar a quienes lo buscan con sinceridad y buena voluntad.

Los santos hablaron poco sobre el tema, pero vivieron de verdad un gran amor por el Reino del Amor de Dios. Se crucificaron con Cristo por amor y vivieron en donación hacia sus hermanos. Así San Camilo de Lelis "sirve arrodillado a los enfermos" en los hospitales; Damián Veuster se hace leproso y muere abandonado en una isla de la Polinesia; y Maximiliano Kolbe se ofrece para reemplazar a quien van a matar en un campo de concentración.

Francisco de Asís se gastó, "como la luna en su cuarto menguante y sus manos se adelgazaban hasta

ser transparentes como la hoja del otoño” (Gabriela Mistral).

Es el gesto heroico de regalar la vida sin palabras, en silencio, con una sonrisa acogedora, recibiendo muchas veces la incomprensión y la crítica de quienes no lo entienden.

Es ser leña que se gasta en el fuego, es ceder el paso a quienes buscan los primeros lugares, es olvidar la competencia y el color de la piel. Así se puede mirar a las personas con esperanza porque siempre las manos estarán abiertas y el corazón estará dispuesto a entregar amor.

A través de los años esta verdad se va haciendo más real y tanto la vida sacerdotal como la vida matrimonial se van transformando en un servicio de amor. Irán pasando personas por el camino, los hijos de la carne y los hijos del espíritu necesitan partir y crear horizontes nuevos. Quedará al final la alegría de haberse dado a sí mismo sin buscar en los otros las compensaciones que sólo Dios puede dar.

Llegará un momento en que entenderemos que “sólo Dios basta” y que “seremos juzgados por el amor”.

Este camino muestra la fragilidad de las personas. Nos enseña que somos vulnerables, sensibles, sentimentales y muchas veces buscamos recompensas. Pero la experiencia permanentemente nos indica que cuando

buscamos la retribución y se producen los apegos desmedidos a las personas, Dios mismo se encarga de apartarlas del camino, porque El quiere que tengamos un amor totalmente desinteresado, a imagen de Jesús que nace, vive y muere en este camino de amor.

Estas reflexiones pretenden ser un intento para ayudar a crecer a quienes buscan cómo superar caminos y situaciones difíciles.

La fe en Cristo Resucitado puede mover las montañas. Es El quien nos llama a un tiempo nuevo y quien nos muestra la aurora. El viene a traer fuego a la tierra y ese fuego se llama amor. Se nos pide ser cristianos de oración y de esperanza. Nuestra gran misión, hoy día, es proyectar en comunión plena con la Iglesia, estas orientaciones para vivirlas con paz y con alegría.

+ CARLOS GONZALEZ C.

Obispo de Talca

TALCA, Julio de 1989.

INDICE

LOS SILENCIOS DE DIOS

— PRESENTACION

1. UN PROBLEMA INQUIETANTE 1
2. LAS DIFICULTADES PARA ENTENDER EL
SILENCIO DE DIOS 4
3. “TENGO EN TU CONTRA QUE HAS PERDIDO
EL PRIMER AMOR” 9
4. DOS AFIRMACIONES FUNDAMENTALES 14
 - a. “El mensaje de Jesús se dirige en primer lugar
a quienes viven en situaciones de abandono y
de lejanía” 14
 - b. Las ausencias de Dios no existen. El siempre
está presente 17
5. SUGERENCIAS 21
 - a. Cómo recuperar el “primer amor” 21
 - b. Nuestro silencio y el Silencio de Dios 28
 - c. Profundizar el amor al Reino de Dios Escondido . . . 32